



Vera Grabe

Entrevista realizada por: María Camila Paladines

“La paz no es solamente una meta ni es un acuerdo, es una nueva manera de ver la realidad”: Vera Grabe.

¿Cómo llegó usted al Movimiento 19 de Abril (M-19)?

Yo era estudiante de antropología y parte de una generación que en los años 60 y 70 estaba en busca de aportar para cambiar la injusticia, cambiar este mundo. Era una época en la que una de las opciones claras era la guerrilla, que es diferente a lo que pasa hoy. Antes era legítimo ser rebelde, y rebelde significaba también pensar en posibles opciones guerrilleras.

El M-19 era una opción diferente a las otras guerrillas existentes, con gente que estaba en otra búsqueda. Se estaba planeando un proyecto no sectario, de unidad, no dogmático. Sobre todo, buscaba una manera de meterle política a las armas para que tuvieran un sentido y un mensaje siempre.

Poco a poco me fui involucrando. Eso no es que uno amanece y se mete a una opción de lucha o algo así, sino que es todo un proceso de encuentro, de pensar, de buscar, y el ‘Eme’

(M-19) estaba apenas en sus primeros años, en su etapa fundacional, estaba perfilándose. No se llamaba todavía 'Eme' sino Comuneros.

Entonces, me encontré con gente que estaba cercana, en la universidad, en los grupos culturales. Gente que vi que era distinta a las otras gentes, a los otros grupos que eran más sectarios, más cerrados, más dogmáticos, menos abiertos a permitir la participación.

¿Cómo fue su vida mientras hizo parte del M-19?

Yo seguí estudiando, me gradué de la universidad (año 1978) y a la par hacía trabajo clandestino, es decir, trabajo secreto: de operatividad, trabajo propagandístico, etcétera.

Después estuve en la cárcel un año, luego de los hechos del Cantón Norte (robo de armas en 1978). Posteriormente, estuve tres años fuera del país, en la diplomacia guerrillera. Volví, estuve en el monte. Luego, fue el proceso de diálogo (en 1984). Después estuve en Antioquia, en el monte. Salí de ahí y me mantuve dos o tres años en la clandestinidad en Bogotá, antes de la firma del acuerdo (el 9 de marzo de 1990).

Obviamente al comienzo era manejable la clandestinidad, y se podía mantener la doble vida, pero ya al salir de la cárcel era una persona quemada, ya me identificaban. De manera que tenía que cuidarme mucho porque era fácil de reconocer. Me tocaba andar con mucho cuidado, con muchas medidas de seguridad, saber moverme... todo eso.

Desde los primeros años de la década del 70, cuando empieza a consolidarse el M-19, hasta hoy, ¿cómo se ha transformado su idea de revolución?

Yo creo que la primera idea de revolución fue ver un mundo cambiante. Muchas eran las revoluciones que se habían dado en otros países, donde se habían tomado el poder para generar un sistema diferente, un sistema más justo, un sistema más equitativo. Después, el acercamiento al tema latinoamericano ¿cierto? porque todos crecimos con la imagen del Ché y eso, obviamente, marca mucho.

Los cambios revolucionarios de transformar un sistema que nos parecía, o me parecía injusto, se concreta en el 'Eme'. Lo que pasa es que en el 'Eme' se empieza a tener ya una conexión real, ya no es el ideal sino es la concreción. El 'Eme' va dándole una forma diferente a la revolución, la va aterrizando en cosas más posibles, empieza a hablar de democracia, empieza a hablar de paz y, obviamente, ya con la paz, con la firma de la paz, la revolución ya no es armada, es una revolución que tiene que ver, sobre todo, con cambios democráticos, con bajarse del esquema de la guerra y asumir la paz como una opción de cambio.

Eso es lo que he venido evolucionando en los últimos años: la paz no es solamente una meta ni es un acuerdo, es una nueva manera de ver la realidad y, sobre todo, es una posibilidad de transformación en movimiento.

Y hablando de lo que significa la paz ¿cuándo comienza usted a pensar en ese camino distinto a la guerra?

Yo empecé en el año... como 88, pongamos ¿87? Pues la gente empezó a decirnos que la guerra ya no tenía sentido, que los ideales eran buenos pero el modo no lo era. Yo empe-

cé... lo que pasa es que es muy difícil decir “en el momento tal”. Son cosas que aparecen a veces muy... como sentimientos, como sin una idea clara.

Yo empecé a estudiar a Gandhi, porque Gandhi realmente no era un referente muy importante pa’ nosotros, no crecimos con eso. Entonces, empezar a ver el tema de la no violencia, ver otras opciones y, sobre todo, las preguntas: ¿Yo qué sigo haciendo aquí? ¿yo qué estoy haciendo encerrada (en un apartamento en Bogotá) todo el tiempo, mirando qué salida hay?.

Es ver que se requiere una salida diferente, que realmente toma forma cuando Pizarro (en 1989) dice “vamos a volver al tema de la paz y vamos a tomar esa decisión de fondo”.

Después de tantos años de lucha armada y de actos emblemáticos del M-19 como la Toma de la embajada de República Dominicana, el robo de las armas del Cantón Norte, la toma del Palacio de Justicia ¿Usted queda en ‘shock’ cuando Pizarro dice “vamos a la paz”?

Shock no. Es que generaba muchas preguntas porque era una decisión radical. Nunca se había planteado realmente dejar las armas sino cambiar el modo de hacer, buscar siempre salidas políticas, siempre planteando la reconciliación; pero ya una decisión de dejar las armas era algo muy nuevo, entonces generó muchas preguntas: ¿Y esto cómo es? ¿Será posible? ¿Qué alternativas hay? Porque eso nunca se había planteado. Era un camino inédito en Colombia.

¿De todos esos momentos, y de otros, cuál ha sido el más feliz?

Momentos felices hay muchos, hay muchos momentos felices. La maternidad es feliz. La libertad es feliz. Salir de la cárcel es feliz. Firmar la paz es feliz. Encontrarse con los compañeros son momentos felices.

¿Y cuál el más impactante en el M-19?

Momentos impactantes también hay muchos. Cuando te detienen. Cuando te torturan. Cuando muere un compañero. Cuando... muchos, es que es una vida completa entonces es muy difícil resumir en un solo acto ¿cierto?

Sí, así es. ¿Y uno de esos momentos que no repetiría jamás?

La detención y la tortura. Eran las Cinco y media de la tarde frente al Concejo de Bogotá. “Esa es, la mona. ¡Cojan a esa hijueputa!” Eran cuatro civiles, me agarraron, me metieron en una camioneta blanca con el símbolo de la Cruz Roja. Me esposaron. Arrancaron a toda velocidad. Dos cosas sentí con nitidez: que no tenía escapatoria, pero que no era el final, que en esta no me quedaba.

Me pasaron a otro carro, y a toda velocidad me llevaron a donde iba a parar todo el mundo: a Usaquéen, a las famosas caballerizas. Pensé en papá, en mamá. ¿Cómo reaccionarían? ¿Qué iban a pensar? ¿Qué les iba a decir ahora?...

Y empieza el ritual: me vendan los ojos, me aprietan las esposas, y me quitan toda la ropa sin otro fin que romperme a punta de frío, cansancio, dolor y humillación.

El interrogatorio es siempre lo mismo, se repite: Cómo se llama, qué hace, qué sabe, hable del M-19. Y ese nombre tan raro, ¿no será falso? Me agarran del pelo, y vienen otros a examinarlo. ¿Pero ese pelo sí es de verdad? No puede ser, mono y crespo, debe ser una peluca... Me preguntan por las Brigadas Rojas; y por qué esos sellos de Panamá en el pasaporte, ¿a qué fue?, yo, callada, sin abrir la boca ni para decir el nombre, y a más silencio, más rabia les da.

Con tal de que no me hagan cosquillas o me pongan cucarachas encima, pienso. Primero me quitan los zapatos, la ropa. Ni una gota de agua, ni un bocado de comida y nada de sueño. Durante los diez días que otorgaba el perverso artículo 28 de la Constitución de 1886, que tenía para disponer del detenido... Diez días con diez noches.

En la noche de Halloween, llegan dos hombres con un espantoso tufo a trago y una enorme grabadora. Bueno, acá vamos a tener nuestra propia noche de brujas, dicen. Ponen música rock a todo volumen y empiezan. Me pellizcan los senos, me abren las piernas y me golpean los genitales con una toalla mojada. Hasta que se aburren... Y vuelve. Ya debe ser mañana. Los mismos pellizcos, amenazan con violarme, me golpean el vientre, me tiran al piso y me meten un palo en la vagina. Sangro y tengo dolores en el vientre por mes y medio. Pienso mucho en María Ety, una compañera de diecisiete años de edad a quien violaron ocho tipos durante su detención. Una mujer violada es un ultraje para todas. Es la violación como arma de guerra.

Una noche oigo los gritos de Álvaro (Fayad "El Turco"). Está en una celda cercana. Mientras me sacan del recinto donde va a empezar la sesión nocturna, alcanzo a verlo: lo llevan de vuelta a la celda, desnudo, flaco, atrozmente golpeado. Y cuando regreso a mi celda, empiezo a cantar a toda voz, todo lo que se me atraviesa por la cabeza, canciones de mi niñez, boleros, cantos rebeldes, el himno de la alegría, para decirle a él que estoy viva, firme y bien. Y que estoy con él. Una vez más compruebo el valor de la música y les doy gracias a mis padres por haberme entregado ese tesoro.

Vera, ¿ya perdonó? a los que la privaron de la libertad y la torturaron, a los que asesinaron a sus compañeros, a sus amigos...

Es que yo ahí no siento rencor ni rabia ni odio. Yo siento que... nosotros nos metimos en una forma de lucha ¿cierto? nos fuimos a la guerra, y eso obviamente tiene consecuencias. Si te metes a la guerra es obvio que te van a detener y meter a la cárcel, eso no es culpa de nadie, eso es parte de, son los 'gajes del oficio'. Incluso la tortura, sí, la gente a veces dice: "Uy pero usted debería tener rabia". Cuando a uno lo detenían en esa época sabía que le iba a pasar.

O sea, era normal todas esas violaciones de derechos.

No tan normal porque no debería ser así, pero todos sabíamos que a los revolucionarios

cuando los detenían, eso es una cosa histórica, los torturaban pa' sacarles información. Por eso cuando yo veo a ese militar que me torturó pues... yo me esculqué y no sentí odio ni rabia.

Vera, lo más difícil y lo más gratificante del monte.

Lo más difícil del monte es...: bombardeos, la ropa mojada, la baja de defensas. Y lo más gratificante: la solidaridad, el compañerismo, poder compartir un tinto caliente después de una caminata de horas cuando uno está muerto del frío... esas cosas de la vida cotidiana que la hacen agradable. Como lo estamos viviendo, creo, hoy también en esta pandemia, que empezamos a valorar cosas que antes eran tan normales, ahora sí decimos: "Uy mire, yo tengo esto, yo puedo disfrutar esto".

En las situaciones difíciles hay cosas que uno valora mucho, sobre todo la compañía, el estar en grupo y, obviamente, esas cosas como: café caliente, una sopa caliente, una ropa seca, un baño en el páramo... cosas así que son una maravilla ¿no? en ese contexto.

Es verdad que uno no sabe lo que tiene hasta que lo pierde... como cuando estaba en la cárcel (1980). Cuénteme, ¿en ese año con qué soñaba?

No, yo quería era salir para seguir haciendo cosas. Yo no me planteé ahí planes personales. Los sueños de estar con mi familia ¿no? de ver a mi mamá, de ver a mi hermana, estar con mi papá; esa cercanía, por supuesto.

Pero son sueños porque, obviamente, uno sabía que al salir de la cárcel pues tenía que volver a esconderse o irse, cosas así. Pero claro, todo el encuentro con familia, volver a ver a la gente, los amigos, la ciudad, volver a caminar por Bogotá, viajar, todo esto.

Panamá, Cuba, Chile, Nicaragua, Ecuador, Libia y México: ¿cómo fue viajar a tantos países y tener que comunicarse con partidos políticos y gobiernos?.

Yo me sentía como en una misión. Me parecía muy importante porque yo era una especie de embajadora, se llamaba 'Secretaria Internacional', y como creía en lo que estábamos haciendo, porque además, después de la toma de la embajada (dominicana), el 'Eme' era una organización muy prestante, con mucha acogida, con mucho respeto, entonces me sentía con legitimidad y con fuerza.

Independiente que no fuera la gran experta en la diplomacia internacional, sentía que representaba una fuerza importante y una propuesta de paz, de democracia. Tenía algo que decir, entonces daba tranquilidad hacerlo. Obviamente hablar con gente de otros países siempre es un reto, pero siento que era una época donde sí había legitimidad y fuerza para decir las cosas. Me sentía orgullosa.

Vera, ¿en algún momento pensó que estaban haciendo algo opuesto a lo planteado desde el principio?

Hubo momentos muy difíciles. Después del Palacio de Justicia (toma en el año 85) hubo

mucha soledad y la gente empezó a retirarnos el apoyo. Se empezó a ver que la guerra empezaba a agotarse. En esa época se recrudeció tanto la guerra sucia, aparecieron tantos actores, y entonces ahí sí empezaron las preguntas: Bueno, finalmente, ¿qué estamos haciendo?

Pero no en el sentido del descarrile, sino como del agotamiento, de que ese no era el camino, de que realmente había que replantearse ¿no? Obviamente, el tema de Palacio fue difícil, fue difícil porque fue un error y mostró los límites de la guerra; obligó a replantearse también el camino.

Ahora que me habla del Palacio, ¿qué significó para usted ese hecho? ¿Y qué pasó internamente en el M-19 después de él?

¿Qué significó? lo que significó para todos... un mensaje de... un momento muy difícil, muy doloroso, tanto pa' la organización como para el mismo país. Se vivió con mucho dolor.

Fue una época muy difícil, una travesía del desierto, de falta de apoyo, de tocar los límites de la guerra, del dolor que eso generaba.

Se reconoció, obviamente, las dificultades y lo grave que había sido, pero eso no significó fracturas. En el en el M-19 no se manejaban las cosas así de empezar a generar divisiones, incriminarse, echar culpas; se manejaba de otra manera: en diálogo, tratando de entender, tratando de comprender.

Vamos 2 años más adelante, en la Coordinadora Nacional Guerrillera, ¿había más mujeres con usted?

Había mujeres en los campamentos, pero en las reuniones de los mandos yo era la única. Por supuesto... era muy masculino, pero igualmente en otras instancias había mujeres del 'Eme', de los otros lados (otras guerrillas) no se veían muchas. Es una cosa que yo le decía a los de las Farc:

-¿Bueno y aquí dónde están las mujeres? porque solo las vemos o en la cocina o por allá.

-No, es que para eso la tenemos a usted aquí.

O sea, con usted era suficiente.

Yo no sé (entre risas), es que yo creo que eso ni se lo planteaban. O sea, eso de pensar que "aquí necesitamos una cuota de mujeres": no.

Ahora en el proceso de las Farc el tema de género ha ganado mucho espacio y existen resoluciones de la ONU, pero en esa época no. Uno (como mujer) era parte y tenía un reconocimiento, por supuesto, pero no había la preocupación de cómo participan las mujeres en las reuniones de los demás grupos guerrilleros.

Se le aplicaba la perspectiva de género a la guerrilla colombiana pa' ver cuántas mujeres había, pero no se planteaba un debate, porque finalmente no eran los temas, no era lo central. No se puede medir esa época con los parámetros de hoy porque es otro momento.

Cuénteme cómo fue el campamento de Santo Domingo, Cauca, en el que ustedes se reunieron para entregar las armas en 1990.

¡Santo Domingo fue una maravilla!

Yo llegué por las rutas clandestinas. Era llegar a un mundo que mostraba, sobre todo, que la paz era posible. Había tanta actividad y tanto movimiento y tanta visita y tanta alegría y tanta rumba y tanta afluencia de gente y tanto peregrinaje y tanto todo... Era un ejercicio de paz, un espacio muy muy grato, muy vital, muy movido. A mí me cambió la perspectiva. Todas las dudas que yo podía tener del proceso se me acabaron ahí. O sea, con solo llegar y ver lo que estaba pasando, ver la dinámica y ver a Pizarro y a todos, eso. ¡Uy sí, esto es lo que hay que hacer!

No tanto la perspectiva de la reflexión de qué va a pasar después 'y tal', sino la sensación de que si eso era un lugar que atraía tanto, y si ese proceso tenía esa acogida que se manifestaba ahí, pues, obviamente, ese era el camino. En Santo Domingo se me despejaron todas las 'cucarachas' y las dudas que tenía en la cabeza.

Entonces, definitivamente ahí sí dijo: "la paz sí es el camino".

Sí claro, sin ninguna duda. Yo creo que la mejor pedagogía de paz que pudo haber fue ese campamento.

Ese año hubo 3 días importantes: 8, 9 y 11 de marzo, con la dejación de armas y las elecciones, ¿cómo vivió usted esos días?

Por un lado, el acto de dejación, que, así uno estuviera convencido, generaba cierta nostalgia estar ahí, en Caloto, donde fue. De todas maneras, dejábamos atrás una época, un acumulado de historia. Cuando uno se despide de algo le da cierta nostalgia, eso no quiere decir que quiera volver para atrás ¿cierto?

Por otra parte, era ya todo el tema de las elecciones porque fue ese acto (de dejación) y a los dos días las elecciones. Además, yo era candidata con cero experiencia política en términos legales, de echar discursos y eso, entonces era un cambio fuerte. Pero a la vez esa sensación de inaugurar una nueva época que es una maravilla, y obviamente todo el tema electoral que era muy novedoso, que era muy nuevo, muy extraño también, para uno mismo con mayor razón siendo candidata. Con todo el susto que puede dar y después ver el resultado tan maravilloso en términos de la acogida de la gente. Dejas una cosa y al otro día amaneces en otra.

En ese nuevo camino surgió la Constitución Política del 91, ¿cómo fueron esos cuatro meses de Asamblea Nacional Constituyente?

Esa experiencia para mí, sin estar allá de constituyente, fue maravillosa. Yo estaba en la Cámara de Representantes, era parlamentaria e hicimos un grupo de parlamentarios pro-constituyente; era un clima muy intenso porque, obviamente, la vieja clase política estaba en contra.

Pero más allá de eso, de verdad, uno sentía que iba a empezar una nueva época por el ambiente que se vivía y lo que se debatía: los derechos, el tema de las mujeres, el tema de la paz. La acogida en cualquier lugar cuando llegaba una bandera colombiana... había mucho movimiento, era un momento de un entusiasmo inmenso, de una esperanza inmensa y eso era contagioso. Vivir todo eso, los debates, los temas, los desayunos, las reuniones, fue muy bello, fue muy importante, una época muy brillante y, además, de mucho encuentro, no esas polarizaciones que se viven hoy, sino la sensación de que de verdad estamos construyendo juntos algo diferente.

¿Vera, para usted valió la pena todo ese recorrido en el Congreso?

Sí. Valió la pena porque es un aprendizaje, fue un aterrizaje, fue entender mucho las lógicas del poder. Y también para darme cuenta que si bien es un espacio vital, que valoro, que era importante porque gané mucho. Gané visibilidad, que creo que me ha servido de esa época hasta hoy; también me di cuenta de que eso no es lo mío. No es que no me guste la política, sino que estar sentada y echar discurso sin moverse pues no. Además, era también de pronto por la inexperiencia, pero finalmente me di cuenta que no era el espacio con el que yo soñaba.

A mí me pueden regalar un lugar en el Senado y no me voy pa' allá 'ni por el chiras'. Hay gente que hace maravillas. Sí, hay gente que sueña con ser senador toda la vida. Yo veo a todas estas mujeres y toda esta gente: ¡la maravilla! pero, sin dejar de valorar inmensamente lo que hacen, pues yo no resueno, no me da alegría, no me da felicidad. Finalmente, la paz le permite a uno ir encontrando... se reconecta con lo que uno quiere.

Además, en esa época murió Jorge Emilio (su gran amor), entonces fue también pensar: "Yo estoy aquí en función de cambiar el mundo y ¿qué? ¿cómo quedo?". Eso fue muy duro, eso fue durísimo.

¿Qué significó en su vida Jorge Emilio Salazar?

Jorge Emilio fue como un cuento maravilloso... En estos días le hicieron un homenaje bellísimo. Ese era el hombre con el que me hubiera gustado compartir la vida completa. Eso sí fue un amor total, así, impresionante.

Hay otros hombres también importantes en su vida. Vamos a hacer una dinámica, le voy a decir unos nombres y usted brevemente me va a decir qué significan para usted:

Álvaro Fayad.

El maestro pensante. El amigo. Compañero exigente. Cuidadoso. Respetuoso.

Carlos Pizarro.

La posibilidad de la paz. El gran visionario de la paz, ni siquiera visionario, el gran revolucionario de la paz. Al que le debemos estar aquí.

Pepe Carrasco.

Un amor muy lindo, un chileno muy lindo. Un amor de viajes, de momentos muy importantes. De mucha vitalidad.

Jaime Bateman.

También mucho amor y también mucho aprendizaje. El gran maestro.

Rosemberg Pabón.

Un compañero y un amor muy importante de una época de la vida. Es de los amores eternos y el papá de mi hija, eso es importante.

Me dijo ahora una frase que me quedó sonando: “se reconecta con lo que uno quiere”, ¿con qué se reconecta? ¿qué quería ser o hacer cuando dejó el Congreso?

Cuando dejo el Congreso no tenía muy claro qué quería.

En el 94 nos volvimos a presentar, perdimos las elecciones y quedamos en el aire todos. Ahí aparece la posibilidad de irme para España con otros 5 exguerrilleros. ¿Qué quería? quería reconectarme exactamente, recuperarme yo misma. ¿En qué sentido? en ese momento no era claro, no había un tema, ni había un área de trabajo, ni había una misión, sino lo que quería era volver a conectarme y ser yo, darme el tiempo de ver otras carreras nuevas, de encontrar otros lenguajes, otras posibilidades.

Después lo fui encontrando, fui encontrando todo el tema de la paz, del estudio de la paz, de la educación para la paz, la escritura y todo eso.

En esa transición entre el M-19 y el Congreso surgen dos grupos de mujeres importantes de los que hace parte. Cuénteme sobre Mujeres de Abril.

En el ‘Eme’ siempre había momentos en los que las mujeres nos juntábamos, no pa’ pelear contra alguien, sino pa’ reafirmarnos nosotras. Mujeres de Abril empezó en Santo Domingo. Con un combo de compañeras decidimos plantear que las mujeres teníamos que cumplir un papel muy especial en la paz.

Eso no caló en todo el mundo, porque había compañeras que les parecía que el tema era la democracia y la política. Sin embargo, después se fue configurando como una organización. Nos movíamos, realizábamos acciones con velas, plantones, etcétera.

Fue un momento importante porque fue darnos un lugar en la paz específicamente configurable, con unos principios y unos objetivos, pero básicamente era buscar dar a la mujer un protagonismo en la paz.

El otro grupo era: Mujeres por Colombia.

Eso ya fue una cosa más amplia, muy bella y muy simbólica. Fue una iniciativa de mujeres; estaban las feministas, el movimiento de mujeres, las teatreras, y participó (el Teatro) La Candelaria; aglutinó a muchas mujeres de diferentes sectores. Yo me acuerdo que la imagen era como una mariposa negra que se vuelve de colores.

La iniciativa se generó cuando empezaron a matar a los candidatos (de la Unión Patriótica), entonces las mujeres dijimos: “La vida siempre está por encima de todo. No nos van a acabar aquí, no nos van a asustar”.

Empezamos a generar un movimiento pa’ rodear a los candidatos, sobre todo después de la muerte de Pizarro, creo. Hicimos una marcha al revés, desde el Cementerio (hasta el centro de Bogotá), a la que yo no pude ir. En esa época me tocó guardarme porque se decía que después de Pizarro me iban a matar a mí.

¿En el paso de la vida armada al sector político, o en otro momento de su vida, se ha sentido estigmatizada por haber estado en el M-19?

Claro, no tanto en la época post-firma del acuerdo (año 1990), sino en los últimos años. Cuando este país se polariza, a los primeros que se estigmatiza es a quienes alguna vez estuvimos en la guerrilla. Además, se establece muy poco la diferencia entre ser guerrillero y ser exguerrillero, una cosa es ser guerrillero y otra es haber tomado la opción de la paz. Pero aquí a veces eso no se diferencia, entonces hay épocas en donde ‘nos meten a todos en el mismo costal’; incluso se piensa que todas las guerrillas son iguales. Pero no solo eso, también hay reconocimiento y valoración. Se viven las dos cosas.

Me gustaría saber si usted piensa que las armas eran necesarias en el ‘Eme’ para lograr una revolución.

En la época mía claro que sí. Eso lo veíamos como una opción porque había eventos históricos: se había ganado la revolución cubana, la revolución nicaragüense, había guerrilla de muchas partes. Y, de alguna manera, aquí se veía que no había un espacio político: funcionaban solamente dos partidos (Conservador y Liberal) y no dejaban que accedieran otros; eso se reflejó también en el robo de las elecciones a la ANAPO en el año 70. Hoy yo creo que las armas no son un camino, eso se agotó, pero en esa época eso no estaba en discusión.

Hablemos de actualidad, ¿qué ha pasado con usted desde el 94?

En el 94 me fui pa’ España. Fue una época muy grata. Allá me encontré con algo que me hamarcado desde entonces que es todo el tema de la investigación y la educación para la paz. Es decir, la paz ya no como acuerdo, la paz ya no como política, sino la paz como una posibilidad de estudio, de reflexión y de educación. Eso es lo que ha marcado en los últimos 20 años.

O sea, allá surgió la idea del Observatorio Para La Paz.

Sí, y el dedicarme al tema educativo, que es lo que me gusta. Porque, sin negar otros espacios, yo creo que eso de transformar mentalidades, de que la gente cambie esquemas, educar a la gente... educación no en términos de escuela obviamente, sino de verdad, de comprensión del mundo, de bajarse de los esquemas violentos, de tener consciencia de las

consecuencias, yo creo que eso es lo fundamental para los procesos de transformación; es otro nivel de la revolución, pero ya pensando en revolución de mentalidades y de cambios culturales.

¿Qué hace en el Observatorio Para la Paz?

Soy miembro fundador del Observatorio, que es una organización fundada por personas que veníamos de procesos de paz de los años 90, de organizaciones de excombatientes y después también de gente del Estado.

Fue el primer observatorio para hacer de nuestra experiencia un espacio de reflexión. Después, con otra gente que no tenía ni la historia mía ni la historia nuestra, organizamos un grupo pa' trabajar el tema de pedagogía de paz. Es decir, cómo desarticular violencias en la cotidianidad, cómo trabajar, fortalecer prácticas de paz, transformar conflictos, pensando que si no hay cambios culturales pues no hay paz duradera. No basta firmar unos acuerdos, hay que cambiar también mentalidades.

Una última pregunta, de todo lo que hizo el M-19, ¿qué fue lo más importante para usted?

Todo lo que se hizo en beneficio de dejar las armas y firmar la paz.